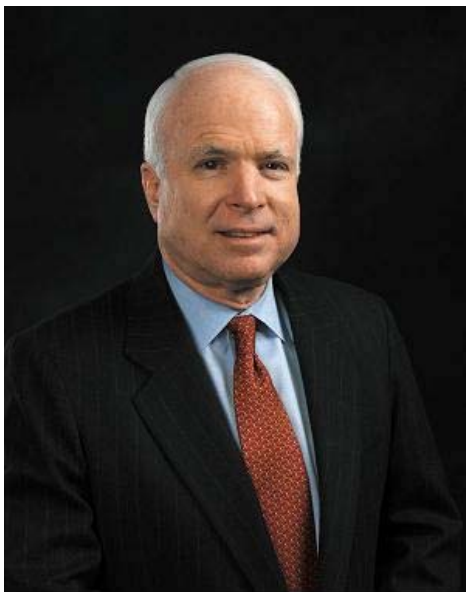


Estados Unidos: Entre república bananera y estado teocrático

El espectáculo ofrecido por las elecciones norteamericanas estas últimas semanas da una visión más bien lamentable de lo que es el estado, la sociedad y la política en los EUA.

Y digo lamentable no por el resultado final de este proceso. Bien nos podemos felicitar el resto del mundo por el ganador final. Después de todo, para todos nosotros y sin que hoy por hoy podamos evitarlo, la política del nuevo "Imperio" marca nuestras vidas.



John McCain

Felicitar sí, pues la alternativa posible no era precisamente deseable. No tanto por el candidato republicano, John McCain, que en contra de lo que se pueda pensar no pertenece al sector más derechista de su partido, si no por el entorno del mismo y en especial por la candidata a la vicepresidencia, Sarah Palin, que evidentemente le vino impuesta, como demuestra el hecho -sabido con posterioridad a la finalización del proceso electoral- de que la comunicación entre el candidato a la presidencia y la candidata a la vicepresidencia durante la campaña ha sido prácticamente inexistente.

Palin representa el sector más duro y derechista del partido republicano y aún a posturas claramente retrógradas -oposición frontal al aborto, matrimonio gay, se declara ferviente creacionista, defensora de la pena de muerte, contraria a la regulación de las armas de fuego-, con una deficiente cultura -no distingue entre continente y país cuando habla de África, desconoce cuales son los integrantes del Tratado de Libre Comercio de America del Norte (EE.UU., Canadá y México)- y tampoco hace ascos a usar y abusar de las prerrogativas del poder, aunque estas demuestren una clara deshonestidad, como cuando haciendo uso de su poder como gobernadora logró el despido de su ex-cuñado (por lo que ha sido condenada) o, aprovechando la campaña electoral, gastó 115.000 euros en ropa para si misma y su familia (Según Newsweek la cantidad es mucho mayor). Palin es, con todo, la clara representante de los 80



Sarah Palin

millones de evangélicos que constituyen el núcleo más duro, reaccionario, retrógrado de la sociedad norteamericana.



Barack Obama

Por contra, Obama tiene en su favor varios hechos que marcan su vida y su evolución. De padre negro nacido en Kenia y madre blanca norteamericana, tiene hermanos indonesios, todo ello le da una visión cosmopolita e interracial, lo cual no deja de ser positivo en una nación donde el racismo y la concepción de la supremacía blanca tienen hoy un enorme peso todavía. Su interés por trabajar a favor de los sectores marginados de la sociedad al terminar su formación académica son también elementos a su favor a tener en cuenta en una valoración. No menos importante es que se atreviera a manifestar su oposición a la intervención militar en Irak desde el inicio de esta (se opone a la intervención desde el mismo momento que esta es autorizada por el congreso). Y son de tener en cuenta sus intenciones en cuanto al establecimiento de

unas mínimas garantías en materia de seguridad social.

Calificar a Obama de pertenecer a la izquierda sería excesivo. Pero decir que tiene sensibilidad social es acertado. ¿Son atinadas esas “campanas al vuelo” que nos llegan de todas partes anunciando su victoria electoral? En realidad son claramente exageradas. He dicho antes que podemos felicitarnos por su victoria, pero en ningún caso debemos dejar que “los árboles nos impidan ver el bosque”.

Obama ha obtenido la victoria con un claro mensaje de cambio. Pero ni concediéndole la máxima credibilidad a sus intenciones sobre el mismo, ni dándole el mayor grado de confianza en cuanto a la coherencia entre mensaje y política real aplicada, podemos dejar de lado el hecho de que él solo es una pieza más de una organización política (partido demócrata) plenamente integrada en la realidad social, económica y política de los EUA, lo que implica unas claras limitaciones en lo que realmente pueda llegar a poner en práctica.

Por otra parte, los condicionantes externos a su organización son también muchos y poderosos. Abordar las verdaderas causas de los desequilibrios económicos, tanto internos como externos, le llevaría a enfrentarse con los poderes reales de la sociedad, es decir los económicos.

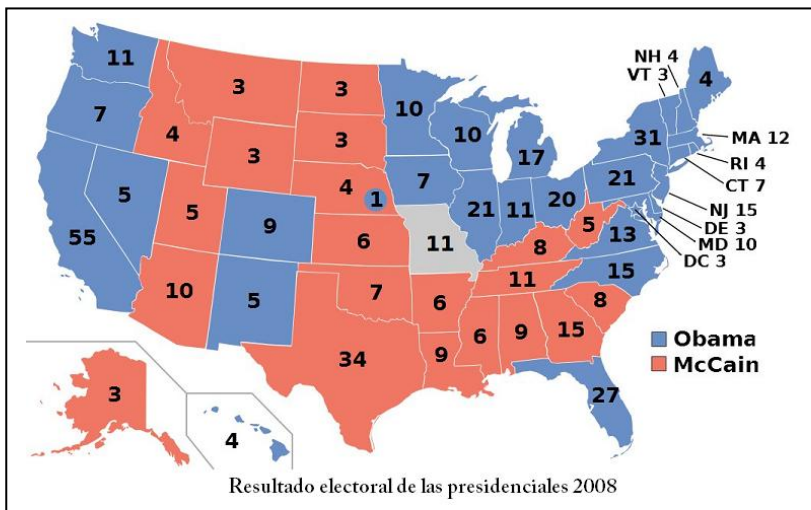
Temas como la ocupación de Irak, pese a haberse manifestado en contra y comprometido a la retirada de las fuerzas norteamericanas, son de complicada resolución. No olvidemos que, pese a la opinión que pueda merecernos un personaje como Sadam Husein, el régimen existente en Irak antes de la

invasión formaba parte del precario equilibrio de la región. Hoy las fuerzas de ocupación son un callejón sin salida. Si permanecen, EUA está abocado a una vietnamización del conflicto, insoportable para la sociedad norteamericana, ni social ni económicamente. Si se retiran, es más que probable es una guerra civil, e incluso la extensión del conflicto a nivel regional.

Una solución real debería pasar por un acercamiento de EUA a Irán, una posible partición de Irak y una clara y decidida presión sobre Israel para la resolución definitiva del problema palestino. Muy improbable.

En el ámbito interno, además de las presiones de sus propios correligionarios en contra de cuantas medidas consideren excesivas, no debemos olvidar el peso de los sectores de la derecha más radical que, aunque derrotados en esta ocasión, siguen siendo una parte muy influyente de una sociedad que, desgraciadamente, es muy manipulable.

A todo ello hemos de añadir que en contra de la imagen habitualmente percibida, la democracia norteamericana es más parecida a una república bananera que a una verdadera democracia. Esta afirmación puede parecer exagerada, pero solo hay que cotejar los datos para darse cuenta de su veracidad.



Recordemos que el sistema de elección del presidente no es un sistema directo. Los electores no votan a tal o cual candidato. El voto popular va dirigido a la elección de los delegados correspondientes a cada estado. Serán estos últimos los que decidirán el voto electoral que determinará la elección del presidente. Dado que los

votos electorales de cada estado se otorgan al completo al candidato más votado (quien gana en un estado, se lleva todos los votos electorales del estado), la representatividad real de la votación de los compromisarios es más que cuestionable. De hecho en tres ocasiones (1876, 1888 y 2000) el presidente elegido, mayoría de votos electorales, en realidad había perdido las elecciones reales al tener menos votos populares.

Este sistema está diseñado para favorecer de forma inequívoca el sistema bipartidista. Contra la creencia popular, a la carrera presidencial no sólo se presentan los candidatos demócrata y republicano. Hay más candidatos. En estas últimas elecciones, por ejemplo, se han presentado candidatos de los siguientes partidos: Partido Libertario, Partido de la Constitución, Partido

Verde, Partido Independiente, Partido Boston Tea, Partido de la Prohibición, Partido de la Reforma de los Estados Unidos, Partido Socialista, Partido Socialista de los Trabajadores, Partido por el Socialismo y la Liberación y un candidato independiente, Ralph Nader.

Pero el sistema electoral cercena cualquier posibilidad de crecimiento de las organizaciones alternativas a los dos partidos. Si en el sistema electoral español es criticable que, el trato de favor otorgado a los partidos mayoritarios por la regla D'Hondt, favorezca el llamado "voto útil", en el sistema norteamericano podríamos hablar de "candidato útil", es decir, si se quiere tener posibilidad de llegar a la presidencia, hay que plegarse a la opción de pertenencia a uno de los dos partidos mayoritarios, demócrata o republicano. El "voto útil" llega aquí a su máxima expresión, lo que no deja de ser una perversión del sistema democrático.

Y con todo, esto no es lo más grave. Estados Unidos de America es uno de los 11 países supuestamente democráticos (de un total de 120 democracias) que no reconocen el derecho al voto en su constitución. El voto del ciudadano no está garantizado por ley. De hecho cada estado es libre (y así se da en la realidad) de establecer las leyes que determinan quien tiene o no derecho al voto. La consecuencia inmediata es que la arbitrariedad preside la decisión de quien puede o no votar. Históricamente es constatable como las minorías más marginadas por el sistema económico o por la discriminación racial han sido sistemáticamente excluidas del derecho al voto, asegurándose así la clase dominante, la imposibilidad del acceso político de dichas minorías.

Y por si todo ello no bastara, tanto en las elecciones del 2000 como en las del 2004, el fraude hizo acto de presencia en varios estados. El sistema de voto mediante máquinas electrónicas en diversos estados (cada estado decide el método electoral) supuso la pérdida real del derecho al voto de miles de ciudadanos. Los motivos fueron varios. En un seguimiento realizado con posterioridad a las elecciones del 2004, se detectaron irregularidades como el incumplimiento de la disposición en número suficiente de máquinas de voto en función del número de electores. Ello provocó colas para el voto de más de siete horas e incluso la imposibilidad real de realizar la votación.

Curiosamente este tipo de situaciones solo se dio en determinados centros de votación donde era esperable un voto contrario a los republicanos. También se dio el caso de la negación del derecho al voto a muchos ciudadanos sin que estos estuvieran en ninguna de las situaciones previstas por la ley que les excluyera el derecho.

La guinda del pastel fue la constatación de la existencia de máquinas de voto que cambiaban el sentido del mismo, vulnerando así la decisión del votante. Si bien el gobierno de Bush utilizó la discrepancia del 12% entre las encuestas a pie de urna y los recuentos finales en las elecciones de Georgia (república ex-soviética) como prueba de fraude electoral, nada se dijo de la discrepancia en

algunos estados de algo más del 11% en las elecciones presidenciales del 2004.

Así pues calificar de república bananera a los EUA no es en absoluto irrazonable. Máxime si tenemos en cuenta la facilidad con que han sido asesinados presidentes y candidatos cuando, poco o mucho, han resultado molestos para ciertos sectores del poder. Y no olvidemos que el nuevo presidente electo ya ha recibido amenazas en este sentido.

Por otro lado, muchas son las referencias a la relación entre política y creencias religiosas. El que en esta última campaña, uno de los debates entre candidatos fue moderado por un "pastor", que les formuló preguntas sobre sus pecados, algo que debería quedar fuera del contenido de una campaña, es una clara demostración del peso de la religión en la política y que claramente vulnera el derecho de libertad religiosa.

Tras ocho años de era Bush, la vinculación entre republicanismo y evangelismo ha llegado a un extremo tal que representa un claro condicionante político. La creencia religiosa se confunde con la opción política e impone unos principios morales excluyentes. Un sector social y político que basa sus principios en el fanatismo, la obcecación, la falta de la más mínima visión crítica y un total desprecio hacia quienes no comparten su credo. Palin representa la expresión política de todo ese sector ultraconservador. McCain nunca llegó a conectar plenamente con esa masa político-religiosa, pero Palin sí.

Si en las elecciones de 2012 Palin fuera la candidata y lograra la presidencia, el sector más duro y fanático de la sociedad norteamericana impondría su lógica, si es que puede llamarse lógica a sus planteamientos. Claramente, quienes no compartan los valores de este modelo conservador-religioso, se verían excluidos del sistema, por lo que calificar de teocracia tal situación no sería absurdo.

Obama tiene evidentes limitaciones en su capacidad de maniobra. Quizás lo más peligroso de la presente situación es el probable desengaño ante tan elevadas expectativas. No obstante es verdad que tiene la posibilidad de introducir mejoras sociales. Y debería potenciar otros cambios en el ámbito político. Quizás pequeños, casi insignificantes, pero que podrían tener importante repercusión política en el futuro. Para ello debería apoyarse en los movimientos sociales que en estos últimos años han estado actuando en pos de unas garantías claras en la limpieza de las elecciones, o en las organizaciones que luchan por modificar la constitución para garantizar de forma inequívoca el derecho al voto de los ciudadanos.

Como asignatura pendiente quedaría conseguir la laicidad del estado, quizás lo más difícil e impensable para el nuevo presidente. Solo entonces el futuro norteamericano podrá devenir muchísimo más democrático de lo que es en realidad ahora y abrir caminos para cambios más profundos.